

## El problema de Marruecos y la opinión del señor Cambó

(Continuación)

El problema es... como es; no como queremos que sea. No es verdad que encerrada España en las posiciones del litoral, viera su esfuerzo económico y militar reducido al mínimo. A los que eso piensan, les recomiendo la lectura del discurso que un militar eminente, el general Badoglio, ha pronunciado el 18 de julio último en el Senado italiano. Allí está el proceso de todo ese sistema de las posiciones costeras, practicado con el éxito más desgraciado por Italia desde 1919 hasta comienzos de este año 1922... Italia está en Trípoli—lo han declarado mil veces sus estadistas—como nosotros en África, no por una finalidad colonial, sino por una necesidad política y estratégica, porque piensan allí muchos sin duda con error, que no es causa de debilidad, sino necesidad apremiante de la defensa nacional no dejar que otros ocupen la costa africana más cercana a Sicilia... Italia, que gasta anualmente en Trípoli y la Cirenaica 260 millones de liras, de los cuales 180 millones son gastos militares, necesarios para el mantenimiento de un ejército de más de 80.000 mil hombres, quiso reducir al mínimo su esfuerzo; implantó un régimen de atracción de la población árabe, sustituyó los gobernadores militares por hombres civiles, publicó un estatuto liberalísimo... y se refugió con su ejército en tres de las cuatro poblaciones fortificadas de la costa. El resultado fué inmediato. La sublevación, reducida al interior, se extendió a los oasis costeros. Los jefes árabes, convencidos de la impotencia militar de Italia, le exigieron que constituyera un emirato casi independiente, en el que se comprendiera todo el territorio, incluso Trípoli; los ferrocarriles del litoral se vieron interrumpidos a diario y algunos dejaron de circular; las tropas no podían alejarse un kilómetro de sus campamentos; la bandera italiana no podía siquiera ser desplegada fuera de ellos... Y el gasto seguía el mismo y era mayor que antes el derramamiento de sangre, no en grandes batallas, sino en pequeñas emboscadas. Al cabo, ha sido necesario optar entre el abandono o la dominación, y un gobernador civil, el conde Volpi, ha tenido que emprender la reconquista del territorio abandonado, volviendo otra vez a la política menospreciada en 1919.

derá mayor ostentación de su superioridad moral y militar ante el indígena; a mayor ostentación de superioridad corresponderá mayor y más espontánea colaboración del pueblo protegido en la labor de gobierno; a la mayor colaboración del pueblo musulmán corresponderá, inevitablemente, la reducción al mínimo del esfuerzo de España. Ese es el camino y no otro.

España no tiene para qué ocupar militarmente toda la zona; pero está obligada por los Tratados, y es para ella necesidad primordial establecer un gobierno regular, influido, asesorado, asistido por ella en toda la parte que los franceses llamarían «útil» de la zona; es decir, en toda aquella que tenga un valor y un interés político, militar o económico.

No digo que no tenga para nosotros un interés preferente, por regla general, la costa; pero no es el único. Xauen, por ejemplo, no está en la costa. ¿Se le ocurriría a alguien que carece de valor la conservación de Xauen, situado frente a Wazan y en las cercanías de la zona francesa?

¿Medios para alcanzar tales resultados? La acción política como preferente; pero la acción militar como subsidiaria. Ambas acciones son tan inseparables como la higiene y la cirugía.

Los que en 1912 hacían en Fez en sólo un día 48 fusilamientos eran los mismos que ahora han puesto la primera piedra de una mezquita en París: los mismos hombres y la misma política. Es que tratándose de pueblos de cultura inferior no hay más que una política a seguir: la que los franceses llaman «divisionista», que consiste en apoyarse en los amigos y en los leales para sojuzgar a los rebeldes y a los traidores. Esa política necesita una fuerza a su servicio; una fuerza que se «ostente», que no quiere decir una fuerza que siempre se «emplee». Así dominó Méjico Hernán Cortés con un puñado de hombres. Verdad es que de él, como de todos los exploradores y conquistadores de América, dice el señor Cambó, incurriendo en error imperdonable en hombre de su cultura, que, influidos por el consabido asimilismo castellano, «no sabían colonizar». En los últimos veinte años no ha cesado la publicación en lengua castellana y en lengua inglesa de libros admirables en que se hace justicia a la obra colonizadora de España. Y comenzada así fuera de España la campaña reivindicadora de nuestro nombre, el señor Cambó, culto e inteligente, director espiritual de una parte considerable de nuestra juventud, propugnador valioso y entusiasta de un programa americanista, se cree en el caso de simultanear los homenajes a que daba lugar la fiesta de la Raza con la reproducción de una diatriba vulgar y cien veces desmentida contra la obra civilizadora perenne e inmortal realizada por los españoles en América. [Hasta dónde puede llevar a los hombres más equilibrados la sugestión tentadora de sus propios prejuicios!

El general Badoglio ve el origen de todas estas humillaciones en un hecho, sobre el que vale la pena de meditar: en que los legisladores y los gobernantes de 1919 «pusieron por encima de todo, revelándolo claramente, su ardiente deseo de acabar la lucha y concluir un acuerdo». No sé si estas frases son un reflejo de lo que en España está pasando; no cabe duda de que son una fotografía anticipada de lo que puede pasar.

El camino para reducir el esfuerzo nacional al mínimo no es ese, sino otro muy diverso. Yo tengo dicho, y ahora insisto en ello, que Marruecos es para España un problema de «voluntad». Las fuerzas de España son sobradas para esa empresa: Para que se reduzca el esfuerzo nacional es necesario sólo una cosa: que España, unánime y resuelta, «quiera» de veras permanecer en África. No puedo, en los límites de este artículo, desenvolver por entero mi pensamiento; pero mi fórmula sintética es ésta: a mayor decisión de España correspon-

la intangibilidad de nuestras bases navales.

Segunda. Ese interés fundamental debe inclinarnos, dada la situación actual de la vida internacional, a una colaboración creciente con Inglaterra, interesada como nosotros en el mantenimiento de la libertad del Estrecho y de la ruta del Mediterráneo.

Tercera. Ese interés fundamental sería antitético con el de Francia si esta nación aspirase a situarse en el Estrecho, mediante la posesión de Tánger, con la doble finalidad de constituir una base naval y estratégica en el punto obligado de comunicación entre sus dos zonas costeras del Atlántico y el Mediterráneo y de mantener el contacto con su extenso imperio colonial y con el renaciente mundo islámico.

A quien dude de la verosimilitud de tales «aspiraciones», le recomiendo la lectura en «Le Correspondant» de 10 de febrero de este año, del artículo «La Marina francesa en la Conferencia de Washington», de que es autor el diputado francés «Le Cour Grand Maison».

Cuarta. Toda nuestra organización militar y naval, modestas, pero eficientes, debieran encaminarse a mantener esa libertad del Estrecho y esa intangibilidad de las bases navales, supuesto necesario de nuestra independencia y bien único que conservamos y que en reciprocidad podemos ofrecer.

Quinta. La zona española de Marruecos debe figurar en ese pro-

grama de organización militar como un punto extremo y una línea avanzada. El ejército de Marruecos, reducido al mínimo necesario, debe representar una economía en el gasto indispensable para la defensa nacional, a la vez que una escuela de entrenamiento para la oficialidad.

Sexta. Una política hispanomarroquí bien encaminada debe así encaminar sus esfuerzos a lograr el ideal no imposible de conseguir que Marruecos, lejos de representar una carga económica y militar, colabore, caso necesario, a la defensa del territorio peninsular.

Séptima. Para todo ello es necesario permanecer, irrevocablemente, en África, desarrollar allí una política compleja y delicada de íntima comunicación con el pueblo musulmán, dominándole; pero a la vez ayudándole, tutelándole y desapeñando cerca de él una labor de íntima y familiar aproximación, incompatible con un hosco aislamiento en las posiciones de la costa.

Octava. La acción protectora no exige la ocupación táctica de toda la zona; pero exige la asistencia de España al gobierno de toda la parte «útil» de la zona; es decir, de toda la que tiene un interés político, económico o militar. En esa parte «útil» de la zona está comprendido Alhucemas, a cuyo territorio es necesario llegar pronto y a toda costa.

ANTONIO GOICOECHEA.  
(De «La Acción»).

## La bestia de hierro

Así como los antiguos egipcios adoraban a los cocodrilos que solían devorarles, los hombres civilizados de nuestro tiempo adoran a los autos que les aplastan.

La observación es de Anatole France. Es un pintoresco personaje de «L'Île des Pingouins», quien, humorísticamente, proféticamente y en fin, filosóficamente, exclama: «Sin duda alguna, el porvenir pertenece a la bestia de hierro. Pasó el coche simón como había pasado antes la diligencia. El largo martirio del caballo se acaba. El auto, que la avaricia frenética de los industriales lanza como un Jagernat sobre los pueblos asombrados y del cual los ociosos y los snobs hacen una imbecil y funesta elegancia; el auto, digo, realizará muy pronto su función necesaria, y poniendo su fuerza al servicio de todo el pueblo, se comportará como un monstruo dócil y laborioso. Pero para que, dejando de molestar, pase a ser esa fuerza benéfica, es necesario construir caminos adaptados a la marcha del monstruo y pavimentar los caminos de modo que puedan resistir a los feroces neumáticos, evitando al mismo tiempo que nubes de polvo envenenado penetren en los pechos humanos. Se deberá prohibir el paso por las nuevas vías a los vehículos de velocidad menor, así como a las bestias, y en fin, convendrá establecer garages y pasarelas que lleven el orden y la armonía a la futura calle. Tal es el voto de un buen ciudadano.»

En Barcelona se ha llegado a sentir esa necesidad de la calle moderna, adaptada a los progresos automovilísticos. Por las calles céntricas de Barcelona circulan constantemente, cruzándose en todas direcciones, diez mil automóviles. Ya no es posible transitar a pie sin correr peligro y apenas pasa día sin que tengamos que lamentar algún atropello. Pero la pasión por el auto no se detiene ni ante una visión de sangre. Que mueran des-

panzurrados cada semana una docena de ciudadanos, es estimado casi como un hecho glorioso: más, muchos más mueren en Londres, y en París, y en Berlín, y en Viena...

Los autos, se dice, dan a las grandes ciudades el carácter del tiempo que vivimos. Yo reconozco que a Barcelona le sienta bien la agitación vertiginosa de sus vías principales, sobre todo desde que han hecho su aparición los autobuses, que dan una nota de color modernísima a la vida callejera. Ya el guardia urbano, cuya función no había llegado a concretarse, mientras se limitó este rozagante empleado municipal a pasear su vestidura roja por las Ramblas, tiene un objetivo determinado y perfectamente europeo: comienza a imitar el gesto del policeman londinense plantado en Picadilly y en Trafalgar Square, que encauza, con solo un enérgico movimiento de su brazo, la corriente de vehículos, en medio de las calles que sufren congestión de tránsito. Dentro de unos años, cinco o seis, el guardia urbano habrá mejorado su uniforme, su categoría y su sueldo.

¿Será quizás para ese futuro personaje, salido del presupuesto municipal, que se reserva el caballo visto que el noble y hermoso bruto ya no puede servirnos de nada? Porque, al paso que vamos, en eso de la invención de máquinas correedoras, dentro de poco tiempo no van a quedar más caballos, en las grandes urbes, que los de bronce de las estatuas equestres. Con los autos de lujo, y los autos taxis, y los autobuses, y los camiones, camionetas, sidecars, motocicletas, etcétera hay para cubrir todas las necesidades de transporte comprendidas dentro del vertiginoso torbellino de la vida actual.

Circulan por las calles de Barcelona diez mil autos; pero serán veinticinco mil o treinta mil a la vuelta de un quinquenio, porque el entusiasmo por el automóvil es ge-

neral y lo sienten desde el burgués acaudalado al obrero más humilde. Nuestros obreros no tienen auto de su propiedad, como los obreros neoyorquinos; pero si tienen una moto, con su silla correspondiente, para pasear a la familia los días de fiesta. Y de la moto al modesto «Ford» y al pequeño «David» puestos ya al alcance de la clase media ahorrativa, no hay más que un paso. En fin, incluso hay chicos de la prensa, reporteros y fotógrafos, que viven pura y exclusivamente de sus informaciones y tienen auto propio para llegar oportunamente a todas partes. Y no se hable de médicos, procuradores, comisarios, contratistas de obras, etc. Todos aquellos cuya profesión o negocio les obligan a correr de aquí para allá, y que antes se despeaban corriendo tras los tranvías y los coches de punto, merced a un automóvil, que les costó cuatro

o cinco mil pesetas, han resuelto su problema, el problema de la ibicuidad, o poco menos.

¿Quiénes somos, pues, los que nos quedamos sin auto, y pedimos como el personaje de Anatole France que se ensanchen las calles, que se limpien de polvo los arroyos o que se abran pasarelas subterráneas para los infelices rezagados que todavía hacemos a pie nuestro camino.

Somos los que en la vida representamos el mismo papel que desempeña el coro en las zarzuelas: es decir somos la masa, el número, la negación del relieve individual. No importa; que permita Dios vivir algunos años más, y seremos, dentro de algunos años, precisamente aquellos que no tengamos automóvil propio, hombres distinguidos.

JOSÉ ESCOFET

Barcelona, octubre 1922.

## MARCOS Y FRANCO

El delegado francés en la Comisión de Reparaciones, M. Barthou, ha presentado también un plan, que puede considerarse como una enmienda a las proposiciones de sir John Brodby. M. Barthou parece creer que basta hacer presión sobre el Gobierno alemán para que éste equilibre sus Presupuestos y mejore su Hacienda. En sustancia viene a proponer que el Comité de Garantías:

Fije el máximo de lo que Alemania pueda gastar en su Presupuesto y el mínimo de lo que debe recaudar en impuestos;

Prohiba al Gobierno alemán tomar dinero a préstamo del Reichsbank, que es el Banco de Emisión;

Imponga una levá sobre el capital;

Levante un empréstito interior en oro tan pronto como las circunstancias lo permitan;

Mejore la reserva metálica del Reichsbank;

Aumente las penalidades y la vigilancia para impedir la exportación del capital;

Y, finalmente, haga que se pague el 25 por 100 del importe de las exportaciones alemanas para una cuenta especial.

En caso de que estas medidas no se llevasen a cabo, la Comisión informaría a los aliados para que éstos adoptasen las medidas oportunas.

Los ingleses juzgan impracticable el plan de M. Barthou. Dicen que implica el «control» por los aliados de la Hacienda y el Gobierno de Alemania contra los actuales acuerdos. Algunos llegan a suponer que no se trata seriamente de obtener reparaciones, ni de normalizar la Hacienda alemana,

sino de convertir a Alemania en un país intervenido, con un fin meramente político, extraño totalmente al propósito de obtener reparaciones.

Este objeto es el que persiguen los franceses que han contestado al libro de Mr. Keynes sobre «Las consecuencias económicas de la paz», que es absurdo colocarse en un terreno económico, cuando lo primero es establecer cuáles han de ser «Las consecuencias políticas de la guerra» y ajustar después la economía a los objetivos que fije la política. ¿Serán las proposiciones de Barthou, al primer paso serio que da Francia para llevar al terreno político su pleito sobre reparaciones, aprovechando la incertidumbre que la crisis gubernamental impone a la política inglesa?

Sería aventurado contestar a esa pregunta. Es muy posible que el propósito de M. Barthou sea el más modesto de cobrar algo de las reparaciones que Alemania deba. La posición financiera de Francia es pavorosa. El informe de M. Bokanowski, diputado por París, dice que si Francia continúa emitiendo empréstitos para cubrir su déficit, «el país sucumbirá bajo su peso o tendrá que repudiar sus obligaciones». El Presupuesto para el año próximo muestra un déficit de más de ocho mil millones de francos, y el déficit real será, a su juicio, muy superior al presupuestado. Hay que reforzar los ingresos y hacer economías. Pero contra lo primero se alza el capitalismo; contra lo segundo, la burocracia. La línea de menor resistencia es seguir esperando las reparaciones alemanas.

## CRÓNICA

### El Teatro Principal

En la última sesión celebrada por el Ayuntamiento, se acordó ceder el Teatro Principal, a don José Llopis Aragonés en alquiler por 1750 pesetas y una función de Beneficencia, comenzando a regir el contrato el día 6 del próximo mes de diciembre y terminando el 13 de febrero del año próximo.

### La plaza de la Explanada

También se trató en la última sesión municipal, de esta importante cuestión para nuestra ciudad quedando el señor Alcalde encargado de continuar las gestiones a conseguir satisfactorio resultado, Por indicación del señor Alcal-

de, quedó pendiente de informe la conveniencia de mejorar la oferta hecha al ramo de Guerra para evitar el cierre que equivale a la desaparición de aquella espaciosa plaza, en el sentido de reservar en plena propiedad para el Estado la faja de terreno de la citada Explanada más cercana al cuartel de Infantería que comprende aproximadamente la cuarta parte de la superficie total de la plaza.

### De viaje

A bordo del vapor «Rey Jaime II» ha llegado esta mañana el Capitán de la Marina Mercante don José Cالدés.

También ha regresado en dicho

